

El Enigma de la Muerte

Extractos de los libros de Alice A. Bailey



School for Esoteric Studies

Escuela de Estudios Esotéricos

899 Haywood Rd., Suite B

Asheville, NC 28806-3163 EE.UU..

Tel.: +1 (828) 225-4272 | E-mail: info@esotericstudies.net

Este cuaderno de estudio es material reservado a los estudiantes de la Escuela de Estudios Esotéricos

EL ENIGMA DE LA MUERTE

INTRODUCCIÓN

Ante todo tratemos de definir este misterioso proceso al cual están sujetas todas las formas, y que frecuentemente sólo constituye el fin temido - temido por no ser comprendido. La mente del ser humano está tan poco desarrollada que el temor a lo desconocido, el terror a lo no familiar y el apego a la forma, han provocado una situación en la que uno de los acontecimientos más benéficos en el cielo de vida de un encarnado Hijo de Dios, es visto como algo que debe ser evitado y postergado el mayor tiempo posible.

La muerte, si sólo pudiéramos comprenderlo, es una de las actividades que más hemos practicado. Hemos muerto muchas veces y moriremos muchas más. Muerte es, esencialmente, cuestión de conciencia. En cierto momento estamos conscientes en el plano físico; en otro, nos retraemos a otro plano y estamos allí activamente conscientes. En la medida en que nuestra conciencia se identifica con el aspecto forma, la muerte continuará manteniendo su antiguo terror. Tan pronto nos reconozcamos como Almas y hallemos que somos capaces de enfocar a voluntad nuestra conciencia y sentido de percepción en cualquier forma o plano, o en cualquier dirección dentro de la forma de Dios, ya no conoceremos la muerte.

La muerte para el ser humano medio es un fin desastroso, pues implica la terminación de todas las relaciones humanas, la cesación de toda actividad física, la ruptura de todos los signos de amor y afecto y el tránsito (involuntario y disconforme) a lo desconocido y temido. Es lo mismo que salir de una habitación iluminada y agradable, cordial y familiar, donde están reunidos nuestros seres queridos, y pasar a la noche fría y oscura, sólo y aterrorizado, esperando lo que vendrá y sin ninguna seguridad.

Pero las personas olvidan por lo general que todas las noches, durante las horas de sueño, morimos en lo que respecta al plano físico y vivimos y actuamos en otro lugar. Olvidan también que

han adquirido ya la facilidad de dejar el cuerpo físico, porque aún no pueden conservar en la conciencia del cerebro físico los recuerdos de esa muerte y el consiguiente intervalo de vida activa, y no relacionan la muerte con el sueño. Después de todo, la muerte es sólo un intervalo más extenso en la vida de acción en el plano físico; nos vamos "al exterior" por un período más largo. Pero el proceso del sueño diario y el proceso de la muerte ocasional son idénticos, con la única diferencia que en el sueño el hilo magnético o corriente de energía, a través de la cual corren las fuerzas, vitales, se mantiene intacto, y constituye el camino de retorno al cuerpo. Con la muerte, este hilo de vida se rompe o corta. Cuando esto ha acontecido, la entidad consciente no puede volver al cuerpo físico denso, y al faltarle a ese cuerpo el principio de coherencia, se desintegra. Esta corriente de vida se divide en dos corrientes o hilos, cuando llega al cuerpo, y así cada una queda "introducida", si puedo, expresarlo, en dos lugares de ese cuerpo. Esto simboliza las diferenciaciones entre Atma o Espíritu y sus dos reflejos; Alma y cuerpo. El Alma, o aspecto conciencia, eso que hace a un ser humano una entidad racional pensante, está "introducida" por un aspecto de este hilo - Alma en un "lugar" del cerebro, que se encuentra en la región de la glándula pineal. El otro aspecto de la vida que anima a cada átomo del cuerpo y constituye el principio de coherencia o integración, encuentra su camino hacia el corazón y queda enfocado o "introducido" allí.

Este principio de vida utiliza la corriente sanguínea como su modo de expresión y agente controlador, y mediante la íntima relación del sistema endocrino con la corriente sanguínea, tenemos unidos los dos aspectos de actividad del Alma, a fin de hacer del ser humano una entidad viviente, consciente y activa, gobernada por el Alma, y expresando el propósito del Alma en todas las actividades del vivir diario.

Por lo tanto, la muerte es literalmente, el retiro del corazón - y de la cabeza de esas dos corrientes de energía, produciendo, en consecuencia, la

completa pérdida de la conciencia y la desintegración del cuerpo. La muerte difiere del sueño en que ambas corrientes de energía son retiradas. En el sueño se retira el hilo de energía introducido en el cerebro, y cuando esto ocurre, el ser humano queda inconsciente. Con esto queremos decir que su conciencia o sentido de percepción está enfocado en otra parte. Su atención no está ya dirigida a las cosas tangibles y físicas, sino que se desvía hacia otro mundo del ser y queda centralizada en otro mecanismo. Al morir, los dos hilos son retirados o unificados en, el hilo de la vida. La vitalidad cesa de penetrar a través de la corriente sanguínea y el corazón deja de funcionar, lo mismo que el cerebro deja de registrar, y así se establece el silencio. La casa está vacía. La actividad cesa, excepto esa actividad asombrosa e inmediata que es prerrogativa de la materia misma y se expresa en el proceso de descomposición.

Un Nuevo Enfoque sobre el Tema de la Muerte

Actualmente existe una gran diferencia entre el método científico de traer una persona a la encarnación y la forma completamente ciega y frecuentemente atemorizada e ignorante con que la despedimos al salir de la encarnación. Trato hoy de mostrar a Occidente un método nuevo y más científico para dirigir el proceso de la muerte y permítanme dejar bien aclarado que lo que tengo que decir, de ninguna manera abroga a la ciencia médica moderna, con sus paliativos y pericia. Todo lo que alego es un acercamiento sensato a la muerte; sólo trato de sugerir que cuando el debido sufrimiento ha terminado y sobreviene el debilitamiento, se permita a la persona moribunda prepararse, aunque esté aparentemente inconsciente, para la gran transición. No olviden que requiere una fuerte y constante opresión sobre el sistema nervioso para producir dolor. ¿Les resulta imposible concebir el momento en que el acto de morir sea el triunfo final de la vida? ¿No pueden imaginarse que el tiempo transcurrido en el lecho de muerte será el prelude de un retiro consciente? ¿Pueden imaginarse el momento en que el ser humano llegue a desprenderse del obstáculo de la envoltura física y sea para él y quienes lo rodean, la tan esperada y feliz consumación? ¿No pueden visualizar el momento en que en vez de lágrimas y temores, por no querer reconocer lo inevitable, la persona moribunda y sus amigos se pongan de acuerdo

respecto a la hora, y sólo la felicidad caracterice el tránsito? ¿Que las mentes de los que quedan estén libres de ideas funestas, y los lechos de muerte sean considerados como ocasiones más felices que los nacimientos y casamientos? Les digo que dentro de poco tiempo esto será ciertamente así para los inteligentes de la raza, y poco a poco para todos.

Quizás piensen que éstas son sólo hipótesis sobre la inmortalidad y no evidencias tangibles. Por la acumulación de testimonios, las afirmaciones internas del corazón humano y la creencia en la perdurabilidad eterna como un concepto en la mente de los ser humanos, tenemos un indicio seguro de ello. Esto dará lugar a la convicción y al conocimiento antes de haber pasado cien años, pues ocurrirá otro acontecimiento y la raza tendrá una revelación, que convertirá la esperanza en certidumbre y la creencia en conocimiento.

Mientras tanto se debe cultivar una nueva actitud y establecer una nueva ciencia respecto a la muerte. Que la muerte deje de ser lo único que no podemos controlar y que nos vence inevitablemente, y comencemos a controlar nuestro tránsito al más allá y a comprender algo de la técnica de esa transición.

A medida que pasa el tiempo y antes de finalizar el próximo siglo, se comprobará que la muerte no existe tal como se la comprende ahora. La continuidad de conciencia será tan ampliamente desarrollada y tantos ser humanos de tipo elevado actuarán simultáneamente en ambos mundos, que el antiguo temor desaparecerá y el intercambio entre el plano astral y el físico estará firmemente establecido y científicamente controlado, llegando a su fin, felizmente, la actuación de los médium de trance.

Como conozco el tema, tanto por la experiencia en el mundo externo como por la expresión de la vida interna, diré que: La muerte no existe. Como bien saben, hay una entrada en una vida más plena. Hay liberación de los obstáculos del vehículo carnal. El tan temido proceso de desgarramiento no existe, excepto en los casos de muerte violenta o repentina, entonces lo único desagradable es la sensación instantánea y abrumadora de peligro y destrucción inminentes, y algo que se parece a un shock eléctrico. Nada más.

Para los no evolucionados, la muerte es literalmente un sueño y un olvido, porque la mente no está suficientemente despierta para reaccionar y el receptáculo de la memoria está aun prácticamente vacío. Para el ciudadano bueno común la muerte es una continuación, en su conciencia, del proceso viviente, y la prosecución de los intereses y tendencias de la Vida. Su conciencia y sentido de percepción son invariablemente los mismos. No percibe gran diferencia, está bien cuidado y frecuentemente no se da cuenta que ha pasado a través del episodio de la muerte.

La muerte ha estado presente en nuestro planeta desde la noche misma de los tiempos; las formas han venido y desaparecido; plantas, árboles, animales y las formas de los seres humanos han muerto durante incontables eones y sin embargo nuestro planeta no es un osario, como muy bien podría serlo a la luz de estos hechos; pero no obstante sigue siendo motivo de belleza, que no ha sido envilecida ni siquiera por el ser humano. El proceso de morir y de disolución y disipación de las formas continúa en todo momento sin producir contaminación contagiosa ni desfigurar la superficie de la tierra. Los resultados de la disolución son de efectos benéficos. Reflexionen sobre esta actividad benefactora y la belleza del plan divino de muerte y desaparición.

Gran parte del supuesto desastre que suponen la enfermedad y la muerte (sobre todo esta última) se debe a una actitud errónea hacia la muerte y a una sobrevaloración de la beneficencia de la vida formal. La liberación de un Alma a través de la enfermedad y la muerte no es necesariamente un acontecimiento desgraciado. Una actitud nueva y mejor ante el fenómeno de la muerte es esencial, es posible y está cerca de serlo.

Con frecuencia hoy en día se conservan vidas

en forma -tanto en la vejez como en la infancia- a las que bien se les podría permitir la liberación. No sirven a ningún propósito útil y causan mucho dolor y sufrimiento a formas que la naturaleza (dejada a sí misma) no usaría por mucho tiempo, y extinguiría. Obsérvese esta palabra. Por nuestra excesiva insistencia en el valor de la vida formal, y por el temor universal a la muerte -esa gran transición a la que todos debemos enfrentarnos- y por nuestra incertidumbre en cuanto al hecho de la inmortalidad, y también por nuestro profundo apego a la forma, detenemos los procesos naturales y mantenemos la vida, que está luchando por ser libre, confinada en cuerpos totalmente inadecuados para los propósitos del Alma

No me malinterpreten. No deseo decir nada que pueda poner en valor el suicidio. Pero sí digo, y lo digo con énfasis, que la Ley del Karma (Causa y Efecto), a menudo se deja de lado cuando se conservan formas en una expresión coherente que deberían desecharse, pues no sirven para nada. Esta preservación es, en la mayoría de los casos, impuesta por el grupo del sujeto y no por el sujeto mismo-frecuentemente un inválido inconsciente, un anciano cuyo aparato de contacto y respuesta es imperfecto, o un bebé que no es normal.

El Alma, a través de la alineación, entra en un uso correcto del tiempo; o mejor dicho, el cerebro, que es el único factor consciente del tiempo en el ser humano, ya no es el atributo dominante; la mente, como agente del Alma (cuya consciencia incluye el pasado, el presente y el futuro), ve la vida y la experiencia como realmente es. La muerte, por lo tanto, es considerada como un episodio y como un punto de transición en una vasta serie de transiciones. Cuando se comprende esta actitud del Alma, toda nuestra técnica de vivir -y, de paso, de morir- se altera por completo.

EL PROCESO DE MORIR Y LOS ESTADOS POSTERIORES A LA MUERTE

La destrucción de la forma, a fin de que pueda progresar la vida evolucionante, es uno de los métodos fundamentales en la evolución.

El proceso oculto de la MUERTE es el siguiente:

- a. La primera etapa consiste en retirar la fuerza vital del vehículo etérico del triple cuerpo físico... y la consiguiente “corrupción”, siendo “dispersado en los elementos”. El ser humano objetivo desaparece y el ojo físico ya no lo ve aunque se halla en su cuerpo etérico. Cuando la visión etérica esté desarrollada, la idea de la muerte asumirá proporciones muy diferentes. Cuando la mayoría de la raza pueda ver a un ser humano actuar en su cuerpo físico etérico, el abandono del cuerpo denso será considerado como una “liberación”.
- b. La segunda etapa consiste en retirar la fuerza vital del cuerpo etérico y en desvitalizarlo...
- c. La tercera etapa consiste en retirar la fuerza vital de la forma astral o emocional, para que ésta sea desintegrada en forma similar y la vida centralizada... en cualquier otra parte. Ha adquirido una acrecentada vitalidad por medio de la existencia en el plano físico, y le ha dado color por medio de la experiencia emocional.
- d. La etapa final para el... ser... humano consiste en ser retirado del vehículo mental. Las fueras vitales, después de esta cuádruple abstracción, son centralizadas totalmente... en el Alma.

En dos lugares del cuerpo humano hay orificios de salida, si puedo emplear una frase poco eufónica. Uno está ubicado en el plexo solar y el otro en el cerebro, en la cima de la cabeza. Ambos están protegidos por una tupida trama de sustancia etérica, compuesta de hebras entrelazadas de energía vital.

En el cuerpo humano, como sabemos, tenemos un cuerpo vital subyacente, interpenetrante, contraparte del físico, más grande que éste, denominado cuerpo doble o etérico. Es un cuerpo de energía y está compuesto de centros de fuerzas y nadis, o hilos de fuerza, los cuales subyacen en el Sistema nervioso -los nervios y los ganglios nerviosos- o son la contraparte. En dos

lugares del cuerpo humano hay orificios de salida, si puedo emplear una frase poco eufónica. Uno está ubicado en el plexo solar y el otro en el cerebro, en la cima de la cabeza. Ambos están protegidos por una tupida trama de sustancia etérica, compuesta de hebras entrelazadas de energía vital.

En el proceso de la muerte la presión de la energía vital, golpeando contra la trama, produce eventualmente una puntura o abertura. Por ella sale la fuerza vital, a medida que aumenta la potente influencia abstrayente del Alma. En el caso de animales, niños, ser humanos y mujeres, totalmente polarizados en los cuerpos físico y astral, la puerta de salida es el plexo solar, rasgándose la trama y permitiendo la salida de la fuerza vital. En el caso de tipos mentales, de unidades humanas altamente evolucionadas, se rasga la trama de la cima de la cabeza en la zona de la fontanela, permitiendo así la salida del ser racional pensante.

En el proceso de la muerte, por lo tanto, dos son las salidas principales: el plexo solar para los seres humanos astralmente polarizados y físicamente predisuestos, por lo general la gran mayoría, y el centro coronario para los seres humanos mentalmente polarizados y espiritualmente orientados. Éste es el primer y más importante factor que debe recordarse, y fácilmente se verá que la tendencia de la vida y su enfoque de atención determinan la forma de salida al morir. También se podrá ver que el esfuerzo para controlar la vida astral y la naturaleza emocional y para orientarse hacia el mundo mental y las cosas espirituales, tiene un efecto muy importante sobre los aspectos fenoménicos del proceso de la muerte.

Si el estudiante piensa con claridad, le será evidente que una salida concierne al ser humano espiritual y altamente evolucionado, mientras que la otra, al ser humano de grado inferior, que apenas ha salido de la etapa animal. ¿Qué sucede entonces con el ser humano común? Existe una tercer salida, empleada ahora temporaria-

mente; exactamente debajo del ápice del corazón hay otra trama etérica que cubre un orificio de salida. Por lo tanto la situación es la siguiente:

1. La salida por la cabeza, es utilizada por los intelectuales, los discípulos y los iniciados del mundo.
2. La salida por el corazón, es utilizada por la mujer o el ser humano bondadoso, bien intencionados, buen ciudadano, amigo inteligente y trabajador filantrópico.
3. La salida por la zona del plexo solar, es utilizada por las personas que poseen una fuerte naturaleza animal.

Este primer punto de la nueva información, lentamente se convertirá en conocimiento común en Occidente durante el próximo siglo. Gran parte es conocido por los pensadores de Oriente, siendo el primer paso hacia la comprensión racional del proceso de la muerte.

En el caso de los seres humanos altamente desarrollados, a menudo encontramos un sentido de visión previo al período de la muerte; esto es incidental al contacto egoico y a la percepción de los deseos del ego. A veces implica un conocimiento del día exacto de la muerte, conjuntamente con la conservación de la autodeterminación hasta el momento final del retiro. En el caso de los iniciados hay mucho más que esto. Existe una inteligente comprensión de las leyes de abstracción, lo cual capacita al que efectúa la transición para retirarse conscientemente y con pleno conocimiento del cuerpo físico, y entonces actuar en el plano astral. Esto implica la conservación de la continuidad de la conciencia, de manera que no hay interrupción de continuidad entre el sentido de percepción en el plano físico y el estado posterior a la muerte.

Pero aunque ya se haya realizado, la muerte todavía no es total, pues la voluntad del Alma debe iniciar una actividad secundaria, que dará por resultado la disolución de las fuerzas etéricas dentro de una fuente emanante, el depósito general de fuerzas. Recuerden que el cuerpo etérico no tiene una vida propia que lo caracterice. Únicamente es una amalgama de todas las fuerzas y energías que animaron al cuerpo físico y lo energetizaron para entrar en actividad durante el ciclo de vida externa.

Recuerden también que los cinco centros ubicados en la columna vertebral no están dentro del cuerpo físico, sino en ciertos lugares característicos de la sustancia etérica, paralelamente al cuerpo físico; se hallan (aún en el caso del ser humano subdesarrollado, y muy especialmente en el ser humano medio) por lo menos a dos pulgadas de la columna vertebral física. Los tres centros de la cabeza están ubicados también fuera del cuerpo físico denso. El recordar esto facilitará la comprensión de la afirmación de que aunque el cuerpo físico es, de por sí, abandonado cuando la muerte es certificada por quienes están autorizados, no obstante quizás el individuo no esté en realidad muerto. Quisiera recordarles que esto también atañe a los numerosos centros menores tanto como a los mayores, con los cuales estamos tan familiarizados.

Los últimos centros menores que “desaparecen en la nada” con el fin de resolverse en la totalidad de la sustancia etérica, son dos, y están estrechamente relacionados con la zona de los pulmones y en ella. El Alma actúa sobre estos dos centros cuando por alguna razón se la hace volver al cuerpo físico denso. Entonces inician una nueva actividad hacia adentro o de retorno, de manera que el aliento de vida vuelve a la forma física abandonada. El conocimiento inconsciente de esto constituye la causa promotora de los procesos que normalmente se llevan a cabo en todos los casos de asfixiados o ahogados. Cuando un ser humano ha sucumbido a la enfermedad y el cuerpo físico está consiguientemente debilitado, no es posible efectuar los ejercicios restauradores ni deberían ser empleados. En los casos de muerte repentina, por accidente, suicidio, asesinato, inesperados ataques al corazón o por la guerra, el choque es de tal naturaleza, que el proceso un tanto lento del retiro del Alma, queda enteramente contrarrestado y el abandono del cuerpo físico y la total disolución del cuerpo etérico son prácticamente simultáneos. En los casos normales de muerte por enfermedad, el retiro es lento y (cuando la virulencia de la enfermedad no ha producido una deterioración excesiva del organismo físico involucrado) existe la posibilidad de un retorno durante un período breve o prolongado. Esto sucede con frecuencia, especialmente cuando hay una fuerte voluntad de vivir o la tarea de la vida aún no ha sido realizada ni concluida debidamente.

Es interesante tener en cuenta, aunque incidental a nuestro tema, que en caso de imbecilidad e idiotez y en esa etapa de la vejez que llamamos decadencia senil, el hilo introducido en el cerebro es retirado, mientras el que trasmite el impulso o anhelo de vivir aún permanece introducido en el corazón. Hay vida, pero ninguna percepción inteligente; hay movimiento, pero no dirección inteligente; en el caso de la decadencia senil, cuando durante la vida se ha utilizado un mecanismo de alta calidad, puede haber, aparentemente, un funcionamiento inteligente; pero eso es una ilusión debido a viejos hábitos y a un propósito coordinado y coherente.

Debe observarse también que la muerte se produce bajo la dirección del ego, no importa que el ser humano no tenga conciencia de esa dirección. En la mayoría, este proceso ocurre automáticamente, pues en el momento en que el Alma retira su atención, la reacción inevitable en el plano físico es la muerte, ya sea por la abstracción de los hilos duales, de vida y de energía razonadora, o por la abstracción del hilo de energía calificado como mentalidad, dejando a la corriente de la vida funcionar a través del corazón, pero sin conocimiento inteligente. El Alma está en otro lugar, ocupada en su plano y en sus propios asuntos.

Hay otro punto que quisiera tocar y tiene relación con el eterno conflicto que libra la cualidad del cuerpo físico denso y el vehículo etérico. El elemental físico (nombre dado a la vida integrada del cuerpo físico) y el Alma, cuando trata de retirar y disolver la totalidad de energías combinadas del cuerpo etérico, se hallan en violento conflicto y el proceso es a menudo terrible y prolongado; esta lucha se libra durante el extenso o breve período de coma que caracteriza tantos lechos de muerte. El estado de coma, esotéricamente hablando, es de dos clases: El “estado de coma de lucha” que precede a la verdadera muerte y “el estado de coma de restauración” que tiene lugar cuando el Alma ha retirado el hilo, o aspecto conciencia, pero no el hilo de vida en un esfuerzo por dar al elemental físico, tiempo suficiente para recuperar su aferramiento sobre el organismo y así restablecer la salud. La ciencia moderna todavía no reconoce la diferencia entre estos dos aspectos del estado de coma.

Más adelante, cuando la visión etérica o clarividente sea más común, se conocerá la dualidad prevaleciente del estado de coma y no habrá razón para la esperanza o la desesperación. Los amigos y parientes de la persona inconsciente sabrán, con toda exactitud, si están observando un grandioso y final retiro de la actual encarnación o simplemente viendo un proceso restaurador. En el último caso, el Alma todavía retiene su aferramiento sobre el cuerpo físico por intermedio de los centros, pero retiene también temporariamente todo proceso energetizador. El centro cardíaco, el bazo y dos centros menores, conectados con el aparato respiratorio, están exceptuados de esta sujeción. Siguen siendo energetizados normalmente, aunque debilitada su actividad, y por su intermedio es retenido el control. Cuando el Alma decide que se produzca la verdadera muerte, entonces se establece, primero, el control sobre el bazo, luego el control sobre los dos centros menores, y finalmente el control sobre el centro cardíaco, y la persona muere.

En el caso del ser humano común, cuando está determinada su muerte, la lucha entre el elemental físico y el Alma es un factor característico, denominándose la esotéricamente “partida lemuriana”; en el caso del ser humano medio, en que la vida está enfocada en la naturaleza de deseos, el conflicto se desata entre el elemental astral y el Alma, y a esto se lo denomina “la muerte atlante”; en lo que concierne a los discípulos el conflicto será más estrictamente mental, estando frecuentemente enfocado alrededor de la voluntad de servir, la determinación de cumplir con algún aspecto particular del Plan y en la voluntad de retornar con todas sus fuerzas al centro ashrámico. En lo que concierne a los iniciados no existe conflicto, sino un retiro consciente y deliberado. En forma curiosa, si aparenta ser conflicto, será entre las dos fuerzas elementales que todavía permanecen en la personalidad: el elemental físico y la vida mental. No existe ningún elemental astral en el equipo de un iniciado de alto grado. Respecto a la propia naturaleza del individuo, el deseo ha sido totalmente trascendido.

Lo anterior le dará una idea de los muchos puntos relacionados con la muerte que aún quedan por descubrir por la medicina ortodoxa, y que se revelarán a medida que la raza humana desarrolle una

sensibilidad cada vez mayor.

Después de la muerte y particularmente si ha tenido lugar la cremación, el ser humano, en su cuerpo kama-manásico, está tan consciente y atento a su medio ambiente como cuando estaba vivo en el plano físico. Esta fraseología concede cierta elasticidad respecto a la amplitud de la percepción y observación; por lo tanto la misma elasticidad debe tenerse en cuenta para quienes se hallan en el plano físico. No toda la gente está igualmente despierta ni es consciente de las circunstancias o de la experiencia inmediata. No obstante, debido a que la mayoría de las personas son más conscientes emocionalmente que físicamente, y viven en gran medida enfocadas en sus vehículos astrales, el ser humano está bastante familiarizado con el estado de conciencia en que se encuentra. Recuerden que un plano es esencialmente un estado de conciencia y *no* un lugar, según creen muchos esotéricos. La persona autoconsciente reconoce esto por medio de la reacción enfocada, que constantemente y en forma característica son conscientes de sí mismas, sensibles al tema de su medio ambiente y de sus deseos exteriorizados o (en lo que respecta a las personas evolucionadas que actúan en niveles más elevados del plano astral) son sensibles a la exteriorización del amor y la aspiración; el ser humano siempre es absorbido por aquello que ocupó su atención e involucró el principio kármico durante su experiencia en la encarnación.

No obstante, debido a que la mayoría de las personas son más conscientes emocionalmente que físicamente, y viven en gran medida enfocadas en sus vehículos astrales, el ser humano está bastante familiarizado con el estado de conciencia en que se encuentra. Recuerden que un plano es esencialmente un estado de conciencia y *no* un lugar, según creen muchos esotéricos. La persona autoconsciente reconoce esto por medio de la reacción enfocada, que constantemente y en forma característica son conscientes de sí mismas, sensibles al tema de su medio ambiente y de sus deseos exteriorizados o (en lo que respecta a las personas evolucionadas que actúan en niveles más elevados del plano astral) son sensibles a la exteriorización del amor y la aspiración; el ser humano siempre es absorbido por aquello que ocupó su atención e involucró el principio kármico durante su experiencia en la encarnación. Vuelvo a recordar que en ese momento no hay

cerebro físico que responda a los impactos generados por el ser humano interno, y también que el sexo, tal como se lo comprende en sentido físico, no existe. Los espiritistas harían bien en recordar esto y en darse cuenta de la estupidez y también de la imposibilidad de concretar esos matrimonios espirituales que ciertas escuelas de pensamiento enseñan y practican. El ser humano, en su cuerpo astral, se halla libre de sus impulsos estrictamente animales que, en el plano físico, son normales y correctos, pero ahora nada significan para él en su cuerpo kármico.

Por lo tanto, tomemos al ser humano común. ¿Cuáles son sus primeras actividades y reacciones después de la restitución del cuerpo físico al depósito universal de sustancia? Permítanme enumerar algunas de dichas reacciones:

1. Llega a ser conscientemente consciente de sí mismo. Esto involucra una claridad de percepción desconocida para el ser humano común, mientras está en encarnación física.

2. El tiempo (que constituye la sucesión de acontecimientos registrados por el cerebro físico) ya no existe tal como entendemos el término, y -a medida que el ser humano dirige su atención a su más claramente definido yo emocional- surge *invariablemente* un momento de contacto directo con el Alma. Esto se debe a que, aun en el caso del ser humano más ignorante y subdesarrollado, el momento de la completa restitución no pasa inadvertido para el Alma. Tiene un definido efecto egoico, algo parecido a un largo y fuerte tirón dado a la cuerda de una campana, si puedo emplear tan simple símil. Durante un breve segundo el Alma responde, y la naturaleza de su respuesta es tal, que el ser humano, situado en su cuerpo astral o más bien en su vehículo kama-manásico, ve ante sí, como en un mapa, las experiencias que ha tenido en la reciente encarnación. Registra y siente que el tiempo no existe.

3. Como resultado del reconocimiento de dichas experiencias, el ser humano aísla esas tres experiencias que constituyeron los tres principales factores condicionantes en la reciente vida y que contienen la clave de la futura encarnación, que iniciará próximamente. Todo lo demás es olvidado y todas las experiencias menores desaparecen de su memoria, no quedando en su conciencia nada más

que lo que esotéricamente se denomina “las tres simientes o gérmenes del futuro”, relacionadas en forma peculiar a los átomos permanentes físico y astral, produciendo así la quintuple fuerza creadora de las formas que aparecerán más tarde. Podría decirse que:

a. *La primera simiente* determinará más adelante la naturaleza del medio ambiente físico en el cual ocupará su lugar el ser humano que retorna. Está relacionada con la cualidad de ese medio ambiente futuro, condicionando así el campo necesario o zona de contacto.

b. *La segunda simiente* determina la cualidad del cuerpo etérico como vehículo a través del cual las fuerzas de rayo pueden hacer contacto con el cuerpo físico denso. Delimita la estructura etérica o red vital, por la cual circularán las energías entrantes, y está particularmente relacionada con ese centro especial, entre los siete, que estará más activo y tendrá mayor vitalidad durante la próxima encarnación.

c. *La tercer simiente* da la clave del vehículo astral en el que estará polarizado el ser humano en la siguiente encarnación. Recuerden que me refiero al ser humano común, no al ser humano evolucionado, discípulo o iniciado. Es la simiente que -por medio de las fuerzas de atracción- pone al ser humano otra vez en relación con quienes amó anteriormente o estuvo en estrecho contacto con él. Debería aceptarse como un hecho que la idea grupal rige subjetivamente todas las encarnaciones y que el ser humano encarnado renace no sólo por el propio deseo de obtener experiencias en el plano físico, sino también por el impulso grupal y de acuerdo al karma grupal, además del propio. Debería dársele a este punto mayor énfasis. Una vez que sea verdaderamente captado y entendido, desaparecerá en gran parte el temor que engendra la idea de la muerte. Lo familiar y amado seguirá siendo familiar y amado, porque la relación ha sido estrechamente establecida durante muchas encarnaciones, y según lo expresa *El Antiguo Comentario*:

“Las simientes que determinan el reconocimiento no están exclusivamente en mí y en ti, sino también en el grupo; dentro del grupo relacionan mutuamente a sus miembros en tiempo y espacio. Sólo en las tres inferiores hallan su verdadera existencia quienes están vinculados. Cuando el Alma

conoce al Alma en el lugar de reunión, hasta donde llega el llamado del Maestro, dichas simientes desaparecen”.

Será evidente, por lo tanto, que es necesario entrenar a los niños a reconocer y beneficiarse de la experiencia, pues una vez aprendida, facilitará grandemente esta tercera actividad en el plano astral después de la muerte.

4. Habiendo completado “la experiencia del aislamiento” el ser humano buscará, y automáticamente hallará, a quienes la influencia de la tercer simiente los señala como que forman constantemente parte de la experiencia grupal, de la cual consciente o inconsciente es un elemento. Una vez establecida nuevamente la relación (si los buscados no han eliminado todavía el cuerpo físico), el ser humano actúa, como lo haría en la tierra, en compañía de sus íntimos y de acuerdo a su temperamento y grado de evolución. También buscará a quienes están más estrechamente ligados a él, a aquellos que ama u odia, si se hallan aún en encarnación física, y -así como lo hizo en la tierra- permanecerá cerca de ellos, consciente de sus actividades, aunque (a no ser que estén muy evolucionados) no se den cuenta de la de él. No puedo darles ningún detalle del recíproco toma y daca ni de los modos y métodos de contacto. Cada persona es diferente, cada temperamento es mayormente excepcional. Sólo trato de poner en claro ciertas líneas básicas de conducta, seguidas por el ser humano antes del acto o actos, de eliminación.

Estas cuatro actividades abarcan diversos períodos de tiempo -desde el ángulo de “aquellos que viven en lo inferior”, aunque el ser humano que vive en el plano astral desconoce el tiempo. Gradualmente el engaño y el espejismo (en orden inferior o superior) se desvanecen, y el ser humano entra en la etapa en que *sabe* -porque la mente es ahora más incisiva y dominante- que está preparado para la segunda muerte y la eliminación total del cuerpo kármico o el vehículo kama-manásico.

Debe recordarse, entre otras cosas, que una vez realizada la restitución del físico en sus dos aspectos, el ser humano interno se halla, como ya he dicho, plenamente consciente. El cerebro físico y el girar de las fuerzas etéricas (muy desorganizadas en la mayoría de los ser humanos) ya no están presentes. Éstos son los dos factores que han llevado a los

estudiantes a creer que las experiencias por las que pasa el ser humano en los planos internos de los tres mundos, consisten en ambular de acá para allá, o en una experiencia semiconsciente, o indica la repetición de la vida, excepto en el caso de gente muy avanzada, discípulos e iniciados. Pero esto no es así. El ser humano en los planos internos no sólo es consciente de sí mismo como individuo -con sus propios proyectos, vida y asuntos- como lo fue en el plano físico, sino que es análogamente consciente de los estados de conciencia circundantes. Quizás esté bajo el espejismo de la existencia astral o sujeto a la impresión telepática de las diversas corrientes de pensamiento que emanan del plano mental, pero también será consciente de sí mismo y de su mente (o de la medida de vida manásica desarrollada) en forma mucho más potente que cuando actuaba por intermedio del cerebro físico, cuando su enfoque de conciencia era como la del aspirante, pero anclado en el cerebro. Su experiencia es mucho más rica y plena que cuando estaba encarnado. Si reflexionaran sobre esto por un momento, comprenderían que lógicamente debe ser así.

Por lo tanto podrá inferirse que el Arte de la Eliminación es practicado en forma más definida y efectiva que la restitución del vehículo físico. Otro punto debe ser considerado. En el aspecto interno, los ser humanos *saben* que la Ley de Renacimiento rige los procesos experimentales de la vida del plano físico, y se dan cuenta, que antes de la eliminación de los cuerpos kármico (deseo), kama-manásico y manásico (mental), sólo pasan a través de un intervalo entre encarnaciones y que consiguientemente encaran dos grandes experiencias:

1. El momento (largo o corto de acuerdo al grado de evolución) donde se hará contacto con el Alma o ángel solar.
2. Luego de ese contacto se produce una reorientación relativamente violenta hacia la vida terrena, que conduce a lo que se denomina “el proceso de descenso y llamado”, donde el ser humano:
 - a. Se prepara de nuevo para la encarnación física.
 - b. Emite su propia y verdadera nota dentro de la sustancia de los tres mundos.
 - c. Revitaliza los átomos permanentes, que forman un triángulo de fuerza en el cuerpo causal.

d. Reúne la sustancia necesaria para formar sus futuros cuerpos de manifestación.

e. Los matiza con las cualidades y características que ha adquirido mediante la experiencia de la vida.

f. Organiza, en el plano etérico, la sustancia de su cuerpo vital, de tal modo que los siete centros adquieren forma y pueden convertirse en recipientes de fuerzas internas.

g. Elige deliberadamente a quienes le proporcionarán la envoltura física densa necesaria, y luego espera el momento de la encarnación. Los estudiantes esotéricos harían bien en recordar que los padres sólo aportan el cuerpo físico denso. Aportan nada más que un cuerpo de cualidad y naturaleza particular, que proporcionará el necesario vehículo de contacto con el medio ambiente exigido por el Alma encarnante. También pueden proporcionar relación grupal, en cierta medida, allí donde la experiencia del Alma es prolongada y se ha establecido una verdadera relación grupal.

Estos dos momentos críticos los enfrenta conscientemente el ser humano desencarnado y sabe lo que está haciendo dentro de los límites establecidos por su grado de evolución.

En el caso del ser humano subdesarrollado o común, el Alma, aparte de la mera determinación de finalizar el ciclo de vida encarnada, antes de retornar al plano físico, desempeña una ínfima parte en el proceso de la muerte. Las “simientes de la muerte” son inherentes a la naturaleza forma y se manifiestan como enfermedad o como senectud (empleando esta palabra en su sentido técnico y no familiar), en cambio el Alma persigue lo que le interesa en su propio plano, hasta el momento en que el proceso evolutivo produce una situación donde la integración o estrecha relación entre el Alma y la forma es tan real, que el Alma se identifica profunda y ampliamente con su expresión en manifestación. Podría decirse que al llegar a esta etapa, el Alma encarna verdaderamente por primera vez; en realidad “desciende a la manifestación” involucrendo, por lo tanto, toda la naturaleza egoica. Este punto no ha sido acentuado ni debidamente comprendido.

En las anteriores vidas del Alma encarnante y

durante casi todos los ciclos de la vida de experiencia, ésta se preocupa muy poco por lo que sucede. La redención de la sustancia con la cual están construidas todas las formas se lleva a cabo por un proceso natural, y el “karma de la materia” es la fuerza inicial regente, siendo reemplazada, con el tiempo, por el karma generado mediante la fusión del Alma y la forma, aunque (en las etapas primitivas) el Alma asume muy poca responsabilidad. Lo que ocurre en la triple envoltura del Alma, necesariamente, es el resultado de las tendencias innatas de la sustancia misma. Sin embargo, a medida que el tiempo transcurre y se produce una encarnación tras otra, el efecto de la cualidad del Alma inmanente evoca gradualmente la conciencia, y -por su intermedio-, la aplicación del sentido discriminador,

desarrollado cuando la mente asume un acrecentado control, finalmente evoca el despertar de una conciencia incipiente. Esto se manifiesta en el primer caso como sentido de responsabilidad, que gradualmente establece una acrecentada identificación del Alma con su vehículo, el triple ser humano inferior. Entonces los cuerpos se van refinando constantemente; las simientes de la muerte y la enfermedad no son tan potentes; aumenta la sensibilidad hacia las realizaciones internas del Alma, hasta que llega el momento donde el discípulo iniciado muere *por un acto de su voluntad espiritual o en respuesta al karma grupal, nacional o planetario.*

AYUDA EN EL MOMENTO DEL FALLECIMIENTO

La ayuda en el momento de la “entrada en la luz” depende ampliamente de dos cosas: Primero, de la intimidad del contacto establecido entre el agonizante y aquel que vigila, y del nivel donde ese contacto es más fuerte. Segundo, la capacidad de quien vigila, de desapegarse y dissociarse de sus propios sentimientos, e identificarse, mediante un acto de voluntad pura y desinteresada, con el moribundo. En realidad nada de esto es posible realizar cuando el vínculo entre ambos es puramente emocional o está basado en una relación del plano físico. El contacto debe ser más profundo y más fuerte que eso. Debe ser un contacto personal en todos los planos. No existen casi problemas donde hay verdadero contacto entre Alma y personalidad. Pero esto es raro de encontrar. A pesar de todo he dado aquí una indicación.

El proceso, por parte de quien vigila, debería ser lo menos mental posible. Todo lo que se requiere y lo único posible, en la actualidad, es simplemente llevar al moribundo hacia una corriente de amor cada vez más profunda. Mediante el poder de la imaginación creadora, y no a través de conceptos intelectuales (no importa cuán elevados sean), el moribundo debe ser ayudado para descartar las vestiduras externas, con las cuales ha sido revestido y con las que ha luchado toda su vida. Esto involucra un acto de total auto-olvido, lo cual muy pocos son capaces de lograr. Muchas personas son embargadas por el temor, o por el fuerte deseo de retener a la persona amada, o son desviadas de su objetivo por las actividades involucradas en el alivio del dolor y el amortiguamiento de la agonía; también están desanimadas por su profunda ignorancia sobre la “técnica de morir”, cuando enfrentan la emergencia. Son incapaces de ver lo que está más allá de los portales de la muerte, y se sumergen en una incertidumbre mental que forma parte de la gran ilusión. No existe, como sabemos, una técnica segura en este proceso de morir. Todo es incertidumbre y perplejidad. Pero ello terminará pronto y el ser humano conocerá y también verá.

En relación con la técnica de morir, sólo me es posible ahora hacer una o dos sugerencias. No me ocupo aquí de la actitud de quienes vigilan sino de

esos puntos que facilitarán el paso del Alma transeúnte.

Ante todo, debe haber silencio en la habitación. Esto sucede con frecuencia. Debe recordarse que, por lo general, la persona moribunda está inconsciente. Tal inconsciencia no es real sino aparente. De novecientos casos sobre mil conservan la percepción cerebral con plena conciencia de los acontecimientos, pero existe una paralización de la voluntad para expresarse e incapacidad para generar la energía que indica vivencia. Cuando el silencio y la comprensión reinan en la habitación del moribundo, el Alma que parte puede mantener con lucidez la posesión de su instrumento hasta el último instante, y prepararse debidamente.

En el futuro, cuando se sepa más acerca de los colores, sólo se permitirá la luz anaranjada en la habitación de un moribundo, que será instalada con una ceremonia apropiada y cuando no haya posibilidad de restablecimiento. El color anaranjado ayuda a enfocarse en la cabeza, así como el color rojo estimula el plexo solar y el verde tiene un definido efecto sobre el corazón y las corrientes de vida.

Ciertos tipos de música podrán ser empleados cuando se conozca algo más respecto al sonido, pero no tenemos aún una música que facilite al Alma el trabajo de retirarse del cuerpo, aunque se hallará que ciertas notas del órgano son eficaces.

Si se emite la misma nota de la persona en el momento exacto de la muerte, se coordinarán las dos corrientes de energía que eventualmente cortarán el hilo de vida, pero este conocimiento es demasiado peligroso para ser transmitido y sólo podrá revelarse más adelante.

Se encontrará que la presión sobre ciertos centros nerviosos y arterias, facilitará el trabajo. (Esta ciencia de la muerte es mantenida en custodia en el Tíbet, como lo saben muchos estudiantes.) Presión sobre la vena yugular y sobre ciertos grandes nervios en la región de la cabeza y en un punto especial de la médula oblongada, será muy útil y efectiva. Más tarde se elaborará inevitablemente una ciencia definida de morir, pero sólo cuando la existencia del Alma sea reconocida y su relación con el cuerpo haya sido científicamente demostrada.

También se emplearán frases mántricas y serán definidamente construidas en la conciencia de la persona moribunda por quienes la circundan, o serán empleadas deliberada y mentalmente por él mismo. Cristo demostró su empleo cuando exclamó: "Padre, en Tus manos encomiendo Mi espíritu". Y tenemos otro ejemplo en las palabras: "Señor, ahora dejarás a Tu siervo irse en paz". El constante uso de la Palabra Sagrada entonada en voz baja o en una nota especial (a la cual responda la persona moribunda), podrá más adelante constituir una parte del ritual de transición acompañado con unción de aceite, según se practica en la Iglesia Católica. La extremaunción tiene una base oculta científica. La cima de la cabeza del moribundo debería también simbólicamente estar hacia el este y las manos y los pies cruzados. Debería quemarse en la habitación sólo madera de sándalo y no permitirse ninguna otra clase de incienso, porque la madera de sándalo es el incienso de primer rayo o destructor, y el Alma está en proceso de destruir su morada.

La vida en el plano físico es el purgatorio, y la experiencia de la vida constituye una escuela de drástica disciplina. No temamos a la muerte ni lo que está más allá. El inteligente discípulo trabaja en el campo de servicio, pero mira adelante constantemente hacia el alborear de la "clara y fría luz" donde algún día él entrará y así dará fin momentáneamente al capítulo de la fiebre y la fricción y el dolor de la existencia terrenal. Pero existen otras fases, en la experiencia de la vida, donde el servidor enfrenta hoy en el mundo el sentido de futilidad y frustración.

Si se me preguntara cuál es la principal tarea de todos los grupos de curación, tal como la Jerarquía quisiera que actuaran en el futuro, diría que consiste en preparar a los seres humanos para lo que podríamos considerar el aspecto restaurador de la muerte, dando así un nuevo y más feliz significado, del dado hasta ahora al temible enemigo del género humano. Hallarán que cuando trabajan en estas líneas indicadas de pensamiento, se repite constantemente el tema de la muerte, y el resultado de ello será la adopción de nuevas actitudes hacia la muerte y se inculcará una gozosa expectativa cuando ocurra ese inevitable y tan familiar acontecimiento. Los grupos de curación deben prepararse para encarar esta condición básica de todo lo que vive, y la ma-

yor parte de su trabajo consiste en elucidar el principio muerte. Se dice que el Alma debe retornar a quien la dio. Hasta ahora ello constituye una restitución obligada y temida, que engendra temor y hace que ser humanos y mujeres de todas partes clamen por la curación del cuerpo físico, sobrestimando su importancia, y los induce a considerar que la prolongación de la existencia terrenal es el factor más importante de sus vidas. En el próximo ciclo, tales actitudes erróneas deben llegar a su fin, la muerte se convertirá en un proceso normal y comprensible -tan normal como el proceso de nacer, aunque menos doloroso y temible. Este comentario es una profecía y como tal debe ser considerado.

En el próximo ciclo, tales actitudes erróneas deben llegar a su fin, la muerte se convertirá en un proceso normal y comprensible -tan normal como el proceso de nacer, aunque menos doloroso y temible. Este comentario es una profecía y como tal debe ser considerado.

Insistiré, por consiguiente, acerca del hecho elemental de que todo grupo curador que trate de trabajar en estas nuevas líneas, debe procurar (como esfuerzo preliminar) entender algo acerca del factor muerte, denominado "el gran proceso restaurador" o "la gran restitución". Conciérneme al arte de devolver el cuerpo, en forma inteligente, correcta y a su debido tiempo, a la fuente de donde originaron sus elementos constituyentes y de restaurar el Alma a la fuente de su ser esencial. Elijo mis palabras cuidadosamente, pues deseo que reflexionen profunda y sensatamente sobre el denominado enigma de la muerte. Un enigma para el ser humano, pero no para los discípulos y los conocedores de la sabiduría.

Todas las personas gravemente enfermas deben inevitablemente encarar, y los que poseen buena salud deben prepararse para ello mediante el recto pensar y la sensata anticipación. La actitud morbosa que adopta la mayoría de la gente hacia el tema de la muerte y su negativa a considerarla cuando gozan de buena salud es algo que debe ser alterado y cambiado deliberadamente. Cristo demostró a Sus discípulos la correcta actitud cuando se refirió a Su venida e inmediata muerte en manos de Sus enemigos, y a Su reprensión cuando los vio acongojados, recordándoles que Él iría al Padre.

El temor y la morbosidad que el tema de la muerte comúnmente evoca y la poca disposición

para encararlo con comprensión, se debe a que la gente pone excesivo énfasis sobre el cuerpo físico, a la facilidad de identificarse con él y a que está basado en el temor innato a la soledad y a la pérdida de las cosas familiares. Sin embargo, la soledad que acontece después de la muerte, cuando el ser humano se encuentra a sí mismo sin un vehículo físico, no tiene comparación con la soledad del nacimiento. Al nacer, el Alma se halla en un nuevo ambiente, sumergida en un cuerpo que al principio es totalmente incapaz de valerse por sí mismo o de establecer un contacto inteligente con las condiciones circundantes, durante un largo período de tiempo. El ser humano viene a la encarnación sin recordar la identidad, o lo que para él significa el grupo de Almas en esos cuerpos con quienes está relacionado; esta soledad desaparece gradualmente, y sólo cuando establece sus propios contactos personales, descubre a los que congenian con él y eventualmente reúne a su alrededor a quienes considera sus amigos. Después de la muerte no sucede lo mismo, porque el ser humano encuentra en el más allá a quienes conoce y se vincularon con él en la vida del plano físico, y nunca está solo, como el ser humano entiende la soledad; también es consciente de los que poseen aún cuerpos físicos; puede verlos, captar sus emociones y también sus pensamientos, pues no existiendo el cerebro físico no actúa como un obstáculo. Si la gente tuviera mayor conocimiento, temería a la experiencia del nacimiento y no a la de la muerte, porque el nacimiento encierra al Alma en la verdadera prisión y la muerte física es sólo el primer paso hacia la liberación.

Les ruego que recuerden que en todas nuestras consideraciones actuales estamos tratando con las reacciones y actividades del Alma que está deliberadamente recordando el aspecto encarnado porque un ciclo de vida ha concluido. La duración de ese ciclo de vida puede ser larga o corta, según los propósitos de que se trate; puede abarcar sólo unos pocos años, o un siglo. Antes del séptimo año, la vitalidad del elemental físico es en gran medida el factor determinante. El Alma está entonces concentrada en el cuerpo etérico, pero no utiliza plenamente todos los centros; tiene simplemente un control suavemente pulsante y una suave actividad impulsiva, suficiente

para preservar la conciencia, vitalizar los diversos procesos físicos e iniciar la demostración del carácter y de la disposición. Esto se acentúa cada vez más hasta los veintiún años, cuando estabiliza lo que llamamos la personalidad. En el caso de los discípulos, el control del Alma sobre los centros etéricos será más poderoso desde el comienzo mismo de la existencia física. Cuando se alcanza el decimocuarto año, la calidad y la naturaleza del Alma encarnada y su edad o experiencia aproximada están determinadas, los elementos físicos, astrales y mentales están bajo control, y el Alma, el ser espiritual residente, determina ya las tendencias y elecciones vitales.

Otro temor que nos induce a considerar la muerte como una calamidad es el que nos ha inculcado la religión teológica, en particular los fundamentalismos protestantes y la Iglesia Católica Romana: el miedo al infierno, la imposición de penas, por lo general desproporcionadas a los errores de toda una vida, y los terrores impuestos por un Dios airado. Se nos dice que tendremos y someteremos, y de los que no hay escapatoria, excepto a través de la expiación vicaria. Como bien sabes, no hay Dios airado, ni infierno, ni expiación vicaria. Sólo existe un gran principio de amor que anima todo el universo; existe la Presencia de Cristo, que indica a la humanidad el hecho del Alma y que somos salvados por la vivacidad de esa Alma, y el único infierno es la tierra misma, donde aprendemos a realizar nuestra propia salvación, actuando por el principio del amor y de la luz, e incitados a ello por el ejemplo de Cristo y el impulso interior de nuestras propias Almas".

Esta enseñanza acerca del infierno nos recuerda el giro sádico que la Iglesia Cristiana, en la Edad Media, dio al pensamiento y a las erróneas enseñanzas establecidas en El Antiguo Testamento, acerca de Jehová, el Dios tribal de los Judíos. Jehová no es Dios, ni el Logos planetario, ni el Eterno Corazón de Amor que Cristo reveló. A medida que estas erróneas ideas vayan desapareciendo, será eliminado, de la mente del ser humano, el concepto del infierno y reemplazado por la comprensión de la ley que hace al ser humano lograr su propia salvación en el plano físico, lo cual conducirá a corregir los males cometidos durante sus vidas en la tierra y que oportunamente

le permitirá “limpiar su propia pizarra.”

Podría decirse, a fin de resumir esta propuesta general, que el temor y el horror a la muerte tienen su fundamento en el amor a la forma -nuestra propia forma, la de quienes amamos, las que nos circundan y las de nuestro medio ambiente. Esta clase de amor es contrario a nuestra enseñanza acerca de las realidades espirituales. La esperanza del futuro y la de liberarnos de

este mal infundado temor, reside en poner el énfasis sobre la realidad del Alma eterna y la necesidad de que esa Alma viva en forma espiritual, constructiva y divina, dentro de los vehículos materiales.

MEDIUMS Y TELEPATÍA

Resultará evidente que cuando la humanidad logre esta perspectiva sobre la muerte y el arte de morir, toda la actitud de la raza humana sufrirá un benéfico cambio. Esto irá a la par, a medida que el tiempo transcurre, de una sensibilidad humana en los niveles telepáticos; los seres humanos serán cada vez más inteligentes y la humanidad se enfocará acrecentadamente en los niveles mentales. Esta sensibilidad telepática será un fenómeno común y corriente, siendo el espiritismo actual una garantía de ello, aunque la seria distorsión existente se basa en gran parte en los ansiosos deseos de la humanidad, pero contiene muy poca telepatía verdadera.

Actualmente la telepatía que existe entre el médium (esté o no en trance) y el pariente o amigo desaparecido, *no* existe entre aquel que ha experimentado la liberación de la muerte y el que todavía se halla en la forma. Esto debe tenerse siempre presente: Mientras tanto, donde la mente *no* es normalmente telepática, puede haber (aunque muy raras veces) la interposición de una mediumnidad, basada en la clarividencia y clariaudiencia, pero no en el trance. Aun así esto precisará establecer un contacto totalmente astral por medio de un tercero, y estará basado en el espejismo y el error. No obstante será un paso adelante para las actuales sesiones mediumnísticas, que simplemente ignoran al muerto, respondiendo solamente al interesado lo que el médium lee en su aura -los recuerdos de la apariencia personal, las reminiscencias significativas acumuladas en la conciencia del que pregunta, y la vana ilusión de pedir consejos, pues cree que porque ha fallecido es más inteligente que antes. Cuando el médium a veces logra establecer una verdadera comunicación, se debe a que el solicitante y la persona fallecida son tipos mentales, por lo tanto se establece una verdadera sensibilidad telepática entre ellos, la cual es captada por el médium.

La raza va progresando, desarrollándose y haciéndose cada vez más mental. La relación entre los muertos y los vivos debe y deberá existir en los niveles mentales, antes de los procesos de integración; la verdadera interrupción de la comunicación se producirá cuando el Alma humana esté reabsorbida en la SuperAlma, antes de volver a encarnar. La realidad de que se establece comunicación hasta ese momento, destruirá completamente el temor a la

muerte. En el caso de los discípulos que trabajan en el Ashrama de un Maestro, este proceso de integración no constituirá siquiera una barrera.

Cuando el médium a veces logra establecer una verdadera comunicación, se debe a que el solicitante y la persona fallecida son tipos mentales, por lo tanto se establece una verdadera sensibilidad telepática entre ellos, la cual es captada por el médium.

La raza va progresando, desarrollándose y haciéndose cada vez más mental. La relación entre los muertos y los vivos debe y deberá existir en los niveles mentales, antes de los procesos de integración; la verdadera interrupción de la comunicación se producirá cuando el Alma humana esté reabsorbida en la SuperAlma, antes de volver a encarnar. La realidad de que se establece comunicación hasta ese momento, destruirá completamente el temor a la muerte.

La actitud más destacada asociada a la muerte, como ya he dicho, es la del miedo. Este miedo se basa en la incertidumbre mental -actual- sobre el hecho de la inmortalidad. Más allá del hecho probado de alguna forma de supervivencia, establecido por los grupos de investigación psíquica, la inmortalidad o la existencia permanente de lo que normalmente queremos decir cuando hablamos del "yo" permanece todavía en el reino de los deseos o de las creencias.

Puesto en palabras simples, el interrogante que el tema de la muerte suscita es: ¿Dónde está el Yo, el ocupante del cuerpo, cuando éste es abandonado y desintegrado? En definitiva ¿existe un ocupante?

La historia humana registra la incesante búsqueda de algo que sustancie la cuestión; hoy esta búsqueda está culminando en las numerosas sociedades que se ocupan de probar la inmortalidad y penetrar en esas profundidades del espíritu que aparentemente ofrecen un santuario a ese Yo que ha sido el actor en el plano físico y que hasta ahora ha desconcertado al más ansioso buscador. El acicate del temor se halla detrás de esta frenética búsqueda; desafortunadamente la mayoría de las personas (aparte de unos pocos científicos iluminados y similares investigadores inteligentes) que aplican técnicas generalmente dudosas en las sesiones

espiritistas, son de tipo emocional, fácilmente convencidas y muy dispuestas a aceptar como evidente, aquello que el más inteligente investigador, inmediatamente rechazaría.

Permítanme aquí aclarar mi posición acerca del gran movimiento espiritista que tanto ha hecho en el pasado para probar la realidad de la supervivencia y en ciertos aspectos también hizo mucho para desviar y engañar al género humano. Dentro de ese término genérico incluyo también los diversos grupos de investigación síquica y exceptúo todo sincero trabajo científico. Ninguno de estos grupos ha comprobado su caso. El misterio y las estupideces de las sesiones espíritas comunes y el trabajo de los médium han demostrado, no obstante, la presencia de un factor inexplicable; el investigador científico ni siquiera ha comprobado eso en el laboratorio. Por cada caso en que ha habido una aparición definitivamente aceptable de una persona desencarnada, hay miles que pueden

ser atribuidos a la credulidad, sensibilidad telepática (con la persona afligida, pero no con la que ha pasado al más allá), formas mentales que ve el clarividente y voces que oye el clariaudiente y también mistificaciones. Observen que me refiero a la “aparición aceptable” de un espíritu que retorna. Evidentemente es suficiente para justificar la creencia y probar su naturaleza efectiva. Basándonos en el inexplicable fenómeno de los contactos hechos con los supuestos muertos, observados, investigados y comprobados, y en el carácter de esas personas que testimonian la realidad de ese fenómeno, podemos afirmar que algo sobrevive a la “restitución” del cuerpo material al eterno depósito de sustancia. Sobre esta premisa continuaremos nuestro estudio.

EL PROCESO DE RESTITUCIÓN

El acto de morir es el gran ritual universal que rige toda nuestra vida planetaria, pero este temor sólo existe en la familia humana, y apenas muy tenuemente en el reino animal. Si pudieran ver el mundo etérico como lo experimentan y ven Quienes se hallan en el aspecto interno de la vida, lo observarían (continuamente y sin pausa) como el gran acto planetario de restitución. Verían una gran actividad dentro del mundo etérico, donde el ánima mundi, el Alma animal y el Alma humana, constantemente restituyen la sustancia de todas las formas físicas al gran depósito de sustancia esencial. Esta sustancia esencial es una unidad tan vital y dirigida como lo es el Alma del mundo, de la que tanto se habla. Esta interacción del principio vida produce la actividad básica de la creación. La fuerza impulsora y directriz es la Mente de Dios, del Logos planetario, a medida que desarrolla Sus propósitos divinos, llevando Consigo en este proceso todos los medios a través de los cuales Se manifiesta.

El temor humano a la muerte se debe principalmente a que la orientación del reino de las Almas, el quinto reino de la naturaleza, ha sido (hasta relativamente tarde en el ciclo mundial) dirigida a la expresión de la forma y la necesidad de pasar las experiencias a través de la materia, para eventualmente controlarla con plena libertad. El porcentaje de Almas que se apartan de la expresión en los tres mundos es relativamente tan pequeño -en proporción al número de Almas que exigen experiencia en los tres mundos- que, hasta podría afirmarse, la muerte reina triunfante en el ciclo o era que denominamos cristiano. Sin embargo, estamos en vísperas de ver un cambio total de esa condición, debido a que la humanidad -en una escala mucho más amplia que nunca- está obteniendo la necesaria reorientación; los valores superiores y la vida del Alma, descubiertos por la insistencia de los aspectos superior e inferior de la mente, están comenzando a ejercer control. Esto forzosamente traerá una nueva actitud hacia la muerte, y será vista como un proceso natural y deseable, padecido cíclicamente

El ciclo que ahora vivimos ha sido testigo de la más grande destrucción de formas humanas, en toda

la historia de nuestro planeta. *No hubo destrucción de seres humanos.* Quisiera que observaran este enunciado. Debido a esta destrucción total, la humanidad ha ido adoptando rápidamente una actitud más serena respecto a la muerte. Esto no es muy evidente todavía pero -dentro de pocos años- tal nueva actitud comenzará a destacarse y el temor a la muerte empezará a desaparecer del mundo. En gran parte también se deberá a la acrecentada sensibilidad del mecanismo humano de respuesta, que conduce a una interna o nueva orientación de la mente humana, con imprevisibles resultados.

La base de todas las guerras es fundamentalmente el sentido de separatividad. Este individualismo fundamental, o complaciente aceptación del aislamiento, conduce a todas las demás causas secundarias de la guerra: la codicia que produce desastres económicos, el odio que trae fricción nacional e internacional, la crueldad que da por resultado el sufrimiento y la muerte. Las raíces de la muerte están profundamente arraigadas; es la destrucción del ciclo de separatividad, como individuo, en el plano físico, comúnmente denominado muerte; en consecuencia, la muerte es un proceso de unificación. Si analizaran algo más la cuestión, verían que la muerte libera la vida individualizada, llevándola a una existencia menos restringida y confinada, y eventualmente -cuando el proceso de la muerte haya sido aplicado a los tres vehículos en los tres mundos- a la vida de la universalidad. Éste es un estado de inexpresable bienaventuranza.

La Ley de Atracción rige los procesos de la muerte como así también todo lo demás en la manifestación. Constituye el principio de coherencia que, regido por la integración equilibrada de todo el cuerpo, lo mantiene intacto; estabiliza su ritmo y los procesos cíclicos de la vida, y relaciona entre sí sus distintas partes. Es el principio mayor coordinador, dentro de todas las formas, porque es la expresión primaria (dentro del Alma) del primer aspecto de la divinidad, el aspecto voluntad. Quizás esta afirmación resulte sorprendente, habituados como están, a considerar la Ley de Atracción como expresión del segundo aspecto, amor-sabiduría. Este principio atrayente existe en todas las formas, desde la del pequeño átomo hasta la del planeta Tierra, a través del

cual nuestro Logos planetario se expresa. Pero por ser el principio de coherencia y la causa de la integración, también es el medio a través del cual se establece la “restitución”, por la que el Alma humana es reabsorbida periódicamente dentro del Alma influyente. Este aspecto de la Ley de Atracción ha recibido hasta ahora poca atención.

Debe tenerse presente una cosa, y es que las palabras “la tierra a la tierra, y el polvo al polvo”, tan familiares en los rituales funerarios de Occidente, se refieren a este acto de restitución y significan el retorno de los elementos del cuerpo físico al depósito original de la materia, y de la sustancia de la forma vital al depósito general etérico; las palabras “el espíritu que Dios otorgó volverá a Él” es una referencia distorsionada de la absorción del Alma por el Alma universal. Sin embargo los rituales comunes no acentúan que el Alma individualizada, en proceso de reabsorción, instituye y ordena, por un acto de la voluntad espiritual, esa restitución. En Occidente se olvida que esta “orden de restitución” fue dada frecuentemente en el transcurso de las edades por cada Alma, dentro de una forma física; al hacerlo, constante e inevitablemente, el primer aspecto divino -la mónada en su propio plano- se aferra más a su cuerpo de manifestación, mediante su reflejo, el Alma. Así el aspecto voluntad comienza a actuar acrecentadamente hasta que, en el sendero del discipulado, la determinación espiritual es llevada a su punto más elevado de desarrollo y, en el sendero de iniciación, la voluntad comienza a actuar conscientemente. Vale la pena recordar que por la deliberada orden que el Alma, en su propio plano, da a su sombra en los tres mundos, el Alma aprende a expresar el primero y más elevado aspecto de la divinidad; esto, al principio y durante largo tiempo, sólo lo hace mediante el proceso de la muerte. En la actualidad, la dificultad reside en que relativamente muy pocas personas son conscientes del Alma y, en consecuencia, la mayoría de los ser humanos son inconscientes del “mandato oculto” de sus propias Almas. A medida que la humanidad va siendo consciente del Alma (y será uno de los resultados de la agonía de la actual guerra), la muerte será considerada como un proceso “por mandato”, llevado a cabo con plena conciencia y comprensión del propósito cíclico. Esto lógicamente terminará con el temor que hoy prevalece, y eliminará también

la tendencia al suicidio, acrecentadamente evidenciada en estos tiempos difíciles. Un asesinato en realidad constituye un pecado, por el hecho de que interfiere los propósitos del Alma y no por haber dado muerte a determinado cuerpo físico humano. Por esta razón la guerra no es un asesinato como lo consideran muchos fanáticos bien intencionados, sino la destrucción de las formas con una intención benéfica (si pudiéramos escudriñar el propósito divino) del Logos planetario. Sin embargo, los móviles de quienes originan la guerra en el plano físico la *convierten* en un mal. Si la guerra no tuviese lugar, la vida planetaria se vería obligada, mediante los denominados “actos de Dios”, a hacer retornar en gran escala a las Almas de los ser humanos, de acuerdo a Su intención amorosa. Cuando los ser humanos perversos precipitan una guerra, Él convierte el mal en bien.

Por lo tanto, podrán ver por qué las ciencias ocultas ponen el énfasis sobre la ley cíclica y por qué existe un creciente interés por la Ciencia de la Manifestación Cíclica. Frecuentemente, la muerte parece no tener ningún propósito, ello se debe a que no se conoce la intención del Alma; los acontecimientos pasados, a través del proceso de la reencarnación, continúan siendo un enigma; son ignoradas las antiguas herencias y medio ambientes y aún no se ha desarrollado en forma general el reconocimiento de la voz del Alma. Estas cuestiones no obstante están en vísperas de ser conocidas; la revelación está en camino, y para ello estoy sentando las bases.

Ansío que capten la enseñanza que ya he dado, antes de entrar en la faz explicativa o nueva. Estúdiela con cuidado para que el tema de la muerte pueda configurarse en vuestra mente con más firmeza y sensatez. Traten de obtener un nuevo ángulo del tema y procuren ver la ley, el propósito y la belleza de la intención, detrás de lo que hasta ahora ha sido el mayor terror y temor.

Posteriormente trataré de darles una vislumbre del proceso de la muerte tal como lo registra el Alma, cuando inicia el acto de restitución. Esto podrá parecerles especulativo o hipotético; en todo caso constituirá una afirmación que pocos de ustedes podrán comprobar su exactitud. Pero, seguramente, puede ser más sensato y saludable, más só-

lido y bello, que la actual oscuridad y enfermiza esperanza, o la desafortunada especulación y frecuente desesperación que se cierne en la actualidad

sobre cada lecho de muerte.

RECAPITULACIÓN

El fenómeno de la muerte es hoy cada vez más familiar. La guerra mundial ha enviado a millones de ser humanos y mujeres -civiles y a quienes han pertenecido a las distintas ramas de las fuerzas armadas de todas las naciones- a ese mundo desconocido que recibe a todos los que han descartado la forma física. Las condiciones son actualmente de tal naturaleza que, a pesar del antiguo y profundamente arraigado temor a la muerte, está surgiendo en la conciencia humana la comprensión de que existen muchas cosas peores que la muerte; los ser humanos han llegado a conocer el hambre, la mutilación, la incapacidad física permanente, la incapacidad mental, como resultado y tensión de la guerra; han observado el dolor y la agonía que no han podido mitigar, ciertamente peores que la muerte; también muchos saben y creen (pues ésta es la gloria del espíritu humano) que el abandonar los valores, por los cuales los ser humanos han luchado y muerto durante edades, juzgados como esenciales para la libertad del espíritu humano, tiene mayor significado que el proceso de la muerte. Esta actitud, característica de las personas sensibles y de recto pensar, está surgiendo hoy en gran escala. Esto significa el reconocimiento, conjuntamente con el antiguo temor, de una imperecedera esperanza de lograr mejores condiciones en todas partes, no siendo necesariamente un ansioso anhelo sino el indicio de un conocimiento latente subjetivo que lentamente va saliendo a la superficie. Algo está en camino como resultado del sufrimiento y pensamiento humanos, lo cual es presentado hoy y posteriormente se demostrará. Opuesto a esta confianza interna y comprensión subjetiva, tenemos los antiguos modos de pensar, la desarrollada actitud materialista del presente, el temor al engaño y el antagonismo entre científicos y ser humanos religiosos o eclesiásticos. Los primeros se niegan, con justicia, a creer en aquello que aún no ha sido comprobado y que además parece no ser

susceptible de comprobar, mientras que los grupos y organizaciones religiosas desconfían de cualquier presentación de la verdad que ellos no han formulado en sus propios términos. Esto pone un indebido énfasis sobre la creencia, y desalienta así a cualquier entusiasta investigador. El descubrimiento de la *realidad* de la inmortalidad vendrá del pueblo; oportunamente será aceptada por las iglesias y comprobada por la ciencia, pero ello sucederá cuando las consecuencias de la guerra hayan terminado y este trastorno planetario esté apaciguado.

El problema de la muerte, es innecesario decirlo, se funda en el amor a la vida, el instinto más arraigado de la naturaleza humana. La ciencia reconoce que nada se pierde de acuerdo a la ley divina; la eterna supervivencia, de un modo u otro, es considerada universalmente como una verdad. De todo el cúmulo de teorías se han extraído y propuesto tres soluciones principales, muy conocidas por las personas reflexivas, y son:

1. *La solución estrictamente materialista* afirma que la experiencia y la expresión de la vida consciente continúan mientras la forma física tangible existe y persiste, pero también enseña que después de la muerte y la consiguiente desintegración del cuerpo, ya no existe una persona consciente, activa y autoidentificada. El sentido del Yo, la percepción de la personalidad, en contraposición con las otras personalidades, se desvanece al desaparecer la forma; creen que la personalidad sólo es la suma total de la conciencia de las células del cuerpo. Esta teoría relega al ser humano al mismo estado de cualquiera de las formas de los otros tres reinos de la naturaleza; está basada en la insensibilidad del ser humano común hacia la vida, fuera de un vehículo tangible; ignora toda evidencia contraria y explica que como no pode-

mos ver (visualmente) y comprobar (tangiblemente) la persistencia del Yo o la inmortal entidad después de la muerte, ella no existe. Muchos ya no sostienen esta teoría como en años anteriores, particularmente durante la materialista Era Victoriana.

2. *La teoría de la inmortalidad condicional.* Esta teoría es sostenida aún por ciertas escuelas fundamentalistas de pensamiento, teológicamente estrechas, y también unos cuantos intelectuales principalmente de tendencia egotista. Afirma que sólo quienes obtienen una etapa particular de percepción espiritual o aceptan un conjunto peculiar de pronunciamientos teológicos pueden recibir el don de la inmortalidad personal. Los altamente intelectuales también arguyen que a quienes poseen una mente desarrollada y cultivada, don culminante para la humanidad, análogamente se les otorga la eterna supervivencia. Una escuela rechaza a aquellos que consideran espiritualmente recalcitrantes o negativos a la imposición de su verdad teológica particular, lo cual los condena a un total aniquilamiento como en la solución materialista, o a un eterno castigo, que al mismo tiempo aboga por una especie de inmortalidad. Debido a la innata bondad del corazón humano, muy pocos son vengativos o suficientemente irreflexivos para considerar aceptable esta presentación; por supuesto, entre ellos, debemos clasificar las personas irreflexivas que evaden la responsabilidad mental, aceptando ciegamente los pronunciamientos teológicos. La interpretación cristiana, dada por las escuelas ortodoxas y fundamentalistas, prueba ser falsa cuando es sometida a un claro razonamiento; entre los argumentos que niegan su veracidad reside el hecho de que el cristianismo proclama un largo futuro pero ningún pasado; siendo así mismo un futuro que depende totalmente de las acciones del actual episodio de vida y de ninguna manera explica las distinciones y diferencias que caracterizan a la humanidad. Esto sólo tiene asidero en la teoría de una Deidad antropomórfica, cuya voluntad -en su actuación práctica- sólo presenta aquello que no tiene pasado sino únicamente futuro; reconocen ampliamente la injusticia de esto, pero dicen que la inescrutable voluntad de

Dios no debe ser puesta en duda. Millones de personas sostienen esta creencia, pero no tan fuertemente como lo hacían cien años atrás.

3. *La teoría de la reencarnación,* tan familiar para todos mis lectores, está llegando a ser acrecentadamente popular en Occidente; siempre fue aceptada en Oriente (aunque con muchas adiciones e interpretaciones tontas). Dicha enseñanza ha sido tan distorsionada como las enseñanzas de Cristo, Buda o Shri Krishna, por sus teólogos de mente estrecha y limitada. Los básicos fundamentos de un origen espiritual, de un descenso a la materia, de un ascenso por medio de las constantes encarnaciones en la forma, hasta que esas formas sean expresiones perfectas de la conciencia espiritual que mora internamente, y de una serie de iniciaciones, al finalizar el ciclo de encarnación, están siendo más rápidamente aceptados y reconocidos como nunca lo fueron.

Tales son las principales soluciones a los problemas de la inmortalidad y de la supervivencia del Alma humana; aspiran responder a la eterna pregunta del corazón humano respecto a cuándo, por qué, dónde y adónde. Sólo la última de estas soluciones propuestas ofrece una respuesta verdaderamente racional a todas ellas. Su aceptación ha sido demorada, porque desde la época de H. P. Blavatsky, que formuló esta antigua verdad al mundo moderno, en el último cuarto del siglo diecinueve, ha sido presentada en forma poco inteligente, obstaculizada por el hecho de que las razas orientales siempre la han sostenido y -desde el punto de vista occidental- son paganas, y los paganos, “en su ceguera, se inclinan ante la madera y la piedra”, citando uno de los himnos fundamentalistas. Es curioso comprobar que para el ser humano de los países orientales, los pueblos religiosos occidentales hacen lo mismo, y pueden vérselos arrodillados ante los altares cristianos con estatuas del Cristo, de la Virgen María y de los Apóstoles.

Los ocultistas del mundo, a través de sus sociedades teosóficas y de otros grupos llamados ocultos, han perjudicado grandemente la presentación de la verdad acerca de la reencarnación, con detalles innecesarios, intrascendentes,

inexactos y puramente especulativos, que enuncian como verdades los procesos de la muerte y las circunstancias del ser humano después de ella, detalles que dependen mayormente de la visión clarividente de prominentes síquicos astrales de la Sociedad Teosófica. Sin embargo, en las Escrituras del mundo no se dan esos detalles y tampoco los proporcionó H.P.B. en *La Doctrina Secreta*. Un ejemplo de esta inexacta y tonta tentativa de arrojar luz sobre la teoría del renacimiento, puede observarse en el límite de tiempo impuesto, a las Almas humanas desencarnadas, entre una encarnación y otra y al renacimiento físico; dicen que los años de ausencia dependen de la edad del Alma que ha partido y el lugar que ocupa en la escala de evolución. Dicen que si el Alma es muy avanzada, su ausencia del plano físico es prolongada, mientras que sucede todo lo contrario. Las Almas avanzadas y las que están desarrollando aceleradamente su capacidad intelectual, retornan con gran rapidez debido a su respuesta sensible a la atracción que ejercen las obligaciones, intereses y responsabilidades, ya establecidos en el plano físico. La gente tiende a olvidar que el tiempo es la secuencia de los acontecimientos y de los estados de conciencia, tal como los registra el cerebro físico. Donde no existe cerebro físico, no existe aquello que la humanidad entiende por factor tiempo. La eliminación de las barreras de la forma, etapa tras etapa, trae una acrecentada comprensión del Eterno Ahora. En el caso de quienes han atravesado el portal de la muerte y que continúan pensando en términos de tiempo, se debe al espejismo y a la persistencia de una poderosa forma mental. Indica polarización en el plano astral; en este plano han trabajado los más destacados síquicos y escritores teosóficos y sobre él han basado sus escritos. Son sinceros en lo que dicen, pero no reconocen la naturaleza ilusoria de todos los descubrimientos basados en la clarividencia astral. El reconocimiento de un pronunciado factor tiempo y el constante énfasis puesto sobre la exactitud del tiempo, son características de las personas encarnadas, altamente desarrolladas, y de aquellos cuyas mentes inferiores y concretas son de poderoso calibre. Los niños y las razas infantiles por una parte, y esas personas altamente avanzadas, cuyas mentes

abstractas están activas (por medio de la mente interpretativa inferior), por lo general no tienen un sentido del tiempo. El iniciado aplica el factor tiempo en sus relaciones y trato, con los que viven en el plano físico, pero dentro de sí mismo no reconoce en ninguna parte del universo el factor tiempo.

Por lo tanto, el empleo del término “inmortalidad” infiere infinitud, y enseña que esta infinitud existe en aquello que no es precedido o está condicionado por el tiempo. Esto es una afirmación que requiere una cuidadosa reflexión. El ser humano reencarna sin apremio de tiempo. Encarna de acuerdo a las exigencias de las deudas kármicas, a la atracción de lo que él inició como Alma, y porque ha sentido la necesidad de cumplir obligaciones instituidas; también encarna por un sentido de responsabilidad y para cumplir con los requisitos impuestos por un anterior quebrantamiento de leyes que rigen las correctas relaciones humanas. Cuando estos requisitos, necesidades del Alma, experiencias y responsabilidades han sido satisfechos, penetra permanentemente “en la clara y fría luz del amor y la vida”, y no necesita (en lo que a él concierne) la etapa infantil de la experiencia del Alma en la tierra. Está libre de imposiciones kármicas en los tres mundos, pero se halla aún bajo el impulso de la necesidad kármica, exigiéndole el máximo servicio que está en situación de prestar a quienes aún se hallan bajo la Ley de la Deuda Kármica. Por lo tanto, tenemos tres aspectos de la Ley del Karma, que afectan al principio de renacimiento:

1. *La Ley de la Deuda Kármica*, rige la vida en los tres mundos de la evolución humana y termina totalmente en la cuarta iniciación.

2. *La ley de la Necesidad Kármica*, rige la vida del discípulo avanzado y del iniciado, desde el momento de la segunda iniciación hasta cierta iniciación superior a la cuarta; estas iniciaciones le permiten pasar al Camino de la Evolución Superior.

3. *La Ley de la Transformación Kármica*, una misteriosa frase que rige los procesos que se llevan a cabo en el Camino Superior, los cuales capacitan al iniciado para salir totalmente del

plano físico cósmico y actuar en el plano mental cósmico. Conciérne a la liberación de quienes son similares a Sanat Kumara y Sus Asociados en la Cámara del Concilio de Shamballa, y a ser liberados de la imposición del deseo cósmico que se manifiesta en nuestro plano físico cósmico como voluntad espiritual. Este concepto quizás les sorprenda. No obstante será evidente que poco puedo decir sobre este tema. El conocimiento implicado no me pertenece todavía.

Volvamos ahora a otro aspecto de nuestro tema. Existen, hablando en sentido más amplio, tres episodios principales de la muerte.

Tenemos, ante todo, la constante repetición de la realidad de la muerte física, siéndonos familiar, si sólo lo comprendiéramos, por su extremada frecuencia. Este reconocimiento podría eliminar rápidamente el actual temor a la muerte. Existe también la "segunda muerte", mencionada en La Biblia, que en este ciclo planetario está asociada con la muerte de todo control astral en el ser humano. En sentido más amplio, esta segunda muerte es consumada en la cuarta iniciación, donde también muere la aspiración espiritual, pues ya no es necesaria; la Voluntad del iniciado es ahora firme e inamovible y la sensibilidad astral ya no es necesaria.

Existe una curiosa contraparte de esta experiencia en un nivel muy inferior, cuando tiene lugar la muerte de todas las emociones astrales del aspirante individual, en el momento de la segunda iniciación. Constituye un episodio completo y es conscientemente registrado. Entre las iniciaciones segunda y tercera el discípulo debe demostrar continuamente que no responde al astralismo y emocionalismo. La segunda muerte, a la que me refiero, tiene que ver con la muerte o la desaparición del cuerpo causal en el momento de la cuarta iniciación; ésta marca la terminación de la construcción del Antahkarana y la institución de una relación directa, ininterrumpida y continua entre la Mónada y la personalidad.

La tercer muerte tiene lugar cuando el iniciado abandona, en definitiva y sin perspectiva de retorno, toda relación con el plano físico cósmico.

Esta muerte lógicamente está muy distante de todos los que pertenecen a la Jerarquía y en la actualidad sólo es posible y permisible para unos pocos de la Cámara del Concilio de Shamballa. Sin embargo no es un proceso por el cual pasará Sanat Kumar

La duda sobre el hecho de la inmortalidad se resolverá dentro de poco en el ámbito de la ciencia, como resultado de la investigación científica. Ciertos científicos aceptarán la hipótesis de la inmortalidad como base de trabajo sobre la que fundamentar su búsqueda, y emprenderán esa búsqueda con voluntad de aprender, disposición a aceptar y deseo de formular conclusiones basadas en pruebas reiteradas.

Dentro de los próximos años la realidad de la persistencia y la eternidad de la existencia habrán ido más allá de la duda y penetrado en el reino de la certidumbre. Dicho problema habrá quedado muy atrás; no quedará duda alguna en la mente de nadie de que al abandonar el cuerpo físico el ser humano continúa siendo una entidad viviente y consciente. Se sabrá que perpetuará su existencia en un reino que está más allá del físico. Se conocerá que aún vive, está despierto y consciente. Este hecho se demostrará de diversas maneras. Por el desarrollo de un poder dentro del ojo físico de un ser humano (poder que siempre ha existido y raras veces se utiliza) se revelará el cuerpo etérico, el "doble", como a veces se lo llama, y se verá que los ser humanos ocupan ese cuerpo en una zona definida del espacio, mientras que el cuerpo físico muerto o desintegrado, ha quedado atrás. Además, a medida que aumenta el número de personas que tienen el poder de emplear el "ojo", llamado a veces el "tercer ojo", redivivo, ayudarán a demostrar la realidad de la inmortalidad, porque verán fácilmente al ser humano que ha abandonado sus cuerpos etérico y físico. Debido a su superioridad numérica y a su prestigio, triunfará su punto de vista. En el campo de la fotografía y también mediante un descubrimiento que se está investigando en la actualidad, se comprobará la supervivencia. Con el tiempo se establecerá comunicación, por medio de la radio, con quienes han pasado al más allá, lo cual se convertirá en una verdadera ciencia.

Por lo tanto, ciertos acontecimientos inminen-

tes ayudarán, más que cualquier otra actividad iniciada hasta ahora, a descorder el velo que se interpone entre lo visible y lo invisible. Sobre esto lo único que puedo decir es que se obtendrá la iluminación y se revelará una irradiación que producirá como resultado un enorme estímulo al género humano y provocará el despertar de una nueva modalidad. El ser humano será sensibilizado a tal grado de percepción y contacto que podrá *ver a través* de las cosas, lo cual le revelará la naturaleza de la cuarta dimensión, fusionando en un nuevo mundo lo subjetivo con lo objetivo. Entonces la muerte ya no inspirará terror y desaparecerá el temor particular que provoca.

Los seres humanos se ocupan tanto por demandar luz, claman tan ansiosamente por liberarse de la actual ceguera y piden tan angustiosamente aliviarse del caos circundante, que olvidan con frecuencia el gran esfuerzo y "empuje" interno que realizan los Custodios del Plan y Sus colaboradores. Su anhelo de ayudarlos es hoy más intenso que nunca, a medida que los seres humanos demandan vehementemente el privilegio de obtener luz. El clamor de la raza más la respuesta de la expectante Jerarquía, debe producir inevitablemente grandes resultados. El anhelo de saber y enseñar están en verdad relacionados y son parte del proceso natural del desarrollo consciente. En las próximas décadas tendrá lugar un acontecimiento de consecuencias tan profundas y amplias que la era

actual será considerada como una era oscura. La ciencia penetrará más hondamente en el reino de lo intangible y trabajará con mediums y aparatos desconocidos hasta ahora. La liberación del poder del átomo señalará una era revolucionaria, y la ciencia tendrá que eliminar y aportar muchas cosas a medida que trabaja con energías y formas de vida hasta ahora desconocidas.

La muerte es para la humanidad exactamente lo que parece ser la liberación de la energía del átomo: este acontecimiento en la experiencia vital del átomo libera una gran luz y una gran potencia. Toda muerte, en todos los reinos de la naturaleza, tiene hasta cierto punto este efecto; destroza y destruye la forma sustancial y sirve así a un propósito constructivo, liberando la vida inherente.

En la Nueva Era, los conceptos de muerte, de sustitución, de unión vicaria y de sacrificio serán reemplazados por los conceptos de resurrección o de vivencia, de unidad espiritual, de transferencia y de servicio, de modo que una nueva nota entrará en la vida humana, trayendo esperanza, poder y libertad. La muerte será reconocida como belleza, como alegría, como espíritu en acción y como consumación de todo bien..

